

ECA

Revista de Orientación y Cultura, Dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año VIII || San Salvador, Centro América— Noviembre de 1953

Número
77

ORIENTACION

Lógica maquiavélica de la Masonería

INCONSECUENCIA APARENTE

Don Ignacio Hernando de Larramendi, en un magistral artículo escrito desde Londres en noviembre de 1950 y publicado en la revista barcelonesa "Cristiandad" (1/1/51), señalaba algunas de las muchas faltas de lógica de la democracia en la aplicación de sus principios —"la discriminación racial en los Estados Unidos y Sudáfrica; la religiosa en los países escandinavos; la política en las zonas de ocupación alemana, y, sobre todo, en Francia, que después de haberse pasado muchos años justificando todos los delitos políticos, dando amparo a los que los cometían y manteniendo la bandera de la libertad de pensamiento, hoy día, después de seis años de finalizar su ocupación por el enemigo, sostiene una política persecutoria respecto a los que defendieron una determinada actitud, que, equivocada o no, entraba dentro de esa libertad de criterio político tan defendida para los demás, no sólo en el pasado, sino en el presente, en relación a España".

No es ningún misterio para nadie que en el fondo de no pocas de esas inconsecuencias democráticas influye como causa última, la Masonería. Y es que para ella la contradicción y la inconsecuencia entre los principios que profesa y la práctica de su conducta es algo perfectamente con-

natural. Ya en el artículo que sobre esta materia escribimos en el número de septiembre de esta misma revista bajo el título de "Angustias e inconsecuencias masónicas", señalábamos no pocas de esas antinomias. Bástenos, pues, añadir y comentar solamente alguna que otra en las presentes líneas.

Gritos de guerra como el que se estampaba en las conclusiones de la Convención de la Masonería chilena el año 1950 — "el mundo actual exige que la Orden masónica se ponga en pie de guerra para combatir al clericalismo" — encierran un enorme contrasentido. Porque si la Masonería tiene que declarar la guerra al clericalismo, es, sin duda, porque lo juzga pernicioso para la humanidad. Esa es pues su opinión, que se opone diametralmente a la de los católicos. En la mera oposición, desde luego, no hay nada de extraño. Lo anormal empieza cuando toda una Convención de la Masonería chilena, olvidándose del principio sagrado de la libertad de pensamiento que su Orden tiene a honra tutelar, pretende imponer su parecer persiguiendo a muerte a sus opositores. Y crece el asombro del espectador imparcial, cuando descubre un espíritu netamente "inquisitorial" en la consigna siguiente: "deberá iniciarse una campaña de depuración que juzgue con severidad la conducta doctrinal del masón en su vida pública y privada". ¿Contagios de dictadura soviética?

Ni es sólo en Chile, ni sólo en 1950, que la Masonería demuestra su espíritu de censura. En la Convención tenida por el Gran Oriente de Francia, en 1952, el relator Sr. Gagnepain decía estas textuales palabras en su proyecto de reforma docente: "Esos manuales (los escolares) son muy a menudo y únicamente asuntos comerciales o instrumentos disfrazados de propagandas diversas. Habría que instituir comisiones estrictamente laicas que aseguraran un control pedagógico severísimo". (D. C. n. 1149, col. 721). Todas las palabras son de ponderar, porque son la antítesis más perfecta del espíritu de tolerancia que los masones nos quieren inculcar a los católicos.

EN EL FONDO LATE UNA LOGICA MAQUIAVELICA...

Sin embargo, tan monstruosa inconsecuencia no es más que aparente. En el fondo, la Masonería es perfectamente consciente de lo que pretende: la rige una férrea lógica maquiavélica, que no repara en medios, y que la obliga a adoptar las actitudes más contradictorias con tal de aplastar a la Iglesia.

Efectivamente, por una parte, ésta aparece insistentemente en sus documentos como su enemigo número uno, cuyos triunfos y avances, a la par que tristeza y envidia, le producen alarma. El informe de la Convención tenida en París el año 1951 abunda en frases de angustia y de temor por los progresos de la Iglesia en los campos político, social, económico y pedagógico. Allí se nos dice que los informes presentados por las diversas Logias "contienen una poderosa documentación (de los progresos de la Iglesia) que da testimonio de su clarividencia y de su vigilancia"; se nos habla también de una "paciente penetración en todos los sectores importantes", de "una invasión que no tiene otro límite más que el que el adversario le querrá y le podrá imponer". Y resuenan en sus páginas voces de alarma como ésta: "...la salud está en peligro: ¿qué debemos hacer para restablecerla?"; no menos que confesiones sinceras de la magnitud del momento como la que se encierra en las siguientes palabras: "Todos los informes presentados son

conscientes de la gravedad de la hora y se prevén, no sin ansiedad, las soluciones que habrá que adoptar", o esta otra: "...sobre la de 1951 (la Convención) pesa el angustioso problema de la laicidad en peligro".

Por otra parte, éstas y mil otras citas que se podrían aducir, prueban meridianamente que la saña masónica contra la Iglesia constituye una verdadera obsesión que inspira todos sus actos, lo que equivale a decir que es su objetivo único, es decir, su fin último. Si esto no fuera así, en la ya tantas veces citada Convención del Gran Oriente Francés de 1951 no se habría podido proponer como un deber "indefectible" de la masonería esta centelleante consigna: "A la ofensiva de la Iglesia, al servicio de una causa precisa y estratégicamente concebida... hay que responder con nuestra contra-ofensiva estratégica...", ni tendría sentido esta inequívoca cláusula del mismo documento: "...es necesario repetirlo, la idea del laicismo no es para nosotros una idea objetiva, sino que es nuestra misma subsistencia".

ENTONCES, ¿POR QUE DICEN LOS MASONES QUE ELLOS NO PERSIGUEN A LA IGLESIA?

Al sorprender así a los masones en un momento de expansiones familiares, más de alguno de nuestros lectores, acostumbrado a oír que la Masonería no pretende perseguir a la Iglesia, se habrá quedado desconcertado sin poder creer a sus ojos. Pues bien, un masón del Gran Oriente de Francia, en la discusión de las conclusiones de la Convención de 1951 a que nos venimos refiriendo, se encargó de descubrirle la solución de la antinomia que le preocupa.

Dice el H.: Giraud: "Me permito llamar la atención de la Convención sobre el peligro que habría para nosotros si la Masonería tomara una posición formal en el mundo profano en lo que concierne al problema laico. No es que yo piense que el masón no deba luchar en defensa del laicismo, sino que, como en todo negocio, es necesario considerar también el efecto". Y después de poner como ejemplo a la Iglesia que, según él, en la lucha contra el laicismo no ha obrado por sí misma, sino por medio de sus políticos y de sus instituciones especializadas — como si esos políticos y esas instituciones no formaran parte de la gran sociedad "visible" (no secreta como la Masonería) que es la Iglesia, y como si al obrar así no lo hicieran inspirados en las manifestísimas declaraciones de la Santa Sede esparcidas en sus múltiples Encíclicas y discursos, incluso recentísimos y alusivos a la campaña francesa a que se refiere el Sr. Giraud, contra la Masonería y contra el laicismo... —, prosigue así: "...por eso, ninguna declaración específica de la Masonería; nuestros adversarios se valdrían y se aprovecharían de ella para decir: mirad, el laicismo es la Masonería, es el anticlericalismo".

No hay, pues, lugar a duda: ya conocemos la táctica: mientras la Masonería seguirá proclamando su amor a la Iglesia, los Ministros masones, ¿¡¡no como masones!!?... sino como patriotas... se encargarán de poner en práctica las consignas secretas que aquí se formulan. A eso viene la segunda conclusión de uno de los debates: "exigir de aquellos que ocupan funciones importantes el mismo ardor por la defensa del ideal de las instituciones laicas".

Puesto, pues, en evidencia el inconfesable fin último de la Masonería, salta a la vista su lógica maquiavélica: si se esfuerza en las tareas escola-

res o en las campañas sociales no será por amor al niño o al pueblo, sino únicamente por odio a la Iglesia.

SI ENSEÑA ES POR ODIO A LA IGLESIA

En cuanto al monopolio escolar, la táctica del Gran Oriente de Francia en su Convención del año de 1951 se subordina totalmente a la derrota del enemigo. Su contraofensiva estratégica — copia, según pretenden, de la estrategia católica — ha de consistir en la unión del electorado laico, y para eso, es indispensable este propósito: "suprimamos, sin esperanza de resurrección, el pluralismo escolar, causa de la incompreensión y de la división de los franceses".

No olvidemos que la unión que ellos propician es una unión de la que han ido excluyendo poco a poco a Dios. En la Constitución de 1723, por ejemplo, creyeron que bastaría desterrar sólo las religiones positivas, haciendo convenir a los hombres en algunos dogmas comunes... "El mason — se decía en ella —, por su profesión, está obligado a obedecer a la Ley Moral, y si él entiende bien su cometido no será ni un estúpido ateo ni un libertino religioso. Si bien en tiempos pasados los masones tenían la obligación de pertenecer, en cada país, a la religión de ese país o nación, fuese cual fuese, ahora se cree más conveniente no obligarlos más que a la religión en que todos los hombres están acordes, dejando a cada cual con sus opiniones particulares. Por eso la masonería llega a ser el centro de unión y el medio de constituir una verdadera amistad entre pueblos que de otra suerte hubieran quedado perpetuamente alejados unos de otros".

Hoy en día, sin embargo, ya han llegado a convencerse de que es imposible obtener una unidad perfecta de acción entre todos los hombres si por lo menos se les permite conservar su propia religión. Hay que desterrarlas todas, ya que mientras ellas subsistan habrá rivalidades entre sus prosélitos debido a las ansias ecuménicas de cada una. A esa conclusión llegaron los asambleístas del Gran Oriente Francés en la misma Convención de 1951. Se persuadieron de lo que les decía un relator: que el mecanismo y la táctica de todas las religiones eran universales. "Basta ver, se les decía, las luchas de las religiones entre sí para darse cuenta de ello". De ahí la advertencia de que todo lo que se dijera de la Iglesia en aquel informe, se podría y se debería aplicar a los demás credos. De suerte que el monopolio docente que propone la Masonería es, no sólo laico, sino laicizante, ateizador...

Por eso resulta hipócrita esta consigna que se lee en el informe del relator de la Comisión de la laicidad de la Convención del Gran Oriente de Francia tenida a fines de 1952: "Todos los masones deben convencerse de la importancia del peligro y de la urgencia de una acción. ¿Cómo? Creando y animando las Asociaciones de los padres de los alumnos. Persuadiendo a los que los rodean del valor moral de la laicidad, que no destruye nada, que ofrece a todos los hombres el medio de realizarse plenamente según su propio ideal". ¡Nos quitan a Dios y dicen que no nos quitan nada!...

Y QUITANDONOS A DIOS, DESQUICIAN LA SOCIEDAD

Además, con Dios nos quitan la paz social. "La verdadera posición del problema moral, decía en discurso memorable el Cardenal Mercier, consiste en investigar si el hombre que niega la subordinación de su natu-

raleza a un fin absoluto, superior a él y soberano con relación a él, si este hombre está obligado en conciencia, después de reflexión, a profesar y practicar una ley moral". Y se respondía a sí mismo: "A esta cuestión respondemos atrevidamente: No. No: el ateo consciente de su ateísmo no tiene obligación de ser honrado". ¡Terrible solución que la razón no podrá nunca negar, por más que se esfuerce! Por eso los filósofos ateos han rehusado aun plantearse el problema que pudiera provocarla...

Es que por más que los pedagogos materialistas intenten apartar a los hombres de los vicios únicamente interesándolos por los grandes ideales —amor al trabajo, a la humanidad, etc.— no conseguirán nunca que desaparezca de la tierra la amenaza del crimen si en realidad no existen una obligación perfecta y una sanción que afecten a la misma conciencia y que por consiguiente no puedan ser burladas. Ahora bien, negado Dios, los hombres "podrán" ser buenos cuando así lo quieran, pero "no deberán" serlo en todas partes ni siempre. Efectivamente, se podrá discutir si del conocimiento de la obligación perfecta advertida en la conciencia se puede llegar al conocimiento y a la prueba de la existencia de Dios; pero lo que no se puede poner en tela de juicio es lo que afirma aquí el Cardenal: que negada, después de madura reflexión, la existencia de Dios, no se puede sostener ni la idea misma de obligación.

La razón es obvia: la obligación presupone el término correlativo de la autoridad, y ésta —que no es más que la facultad moral de obligar eficazmente en conciencia a los súbditos a conspirar con sus actos libres al bien común— en última instancia consiste en un verdadero dominio. No puede, pues, provenir exclusivamente de los hombres: tiene que venir de Dios, que es el único que puede ostentar el dominio sobre la humanidad. Luego sin Dios no hay obediencia, y sin obediencia no puede haber sociedad, ya que ésta, en definitiva se reduce a una verdadera jerarquía de obediencias...

Fruto ineludible del laicismo masónico, por consiguiente, es la trisísima realidad que nos describe Su Santidad el Papa Pío XII en su Mensaje de Navidad de 1941: "De aquí, en la política, el prevalecer de un impulso desenfrenado hacia la expansión, y el mero crédito político, desprecupado de la moral; en lo económico, el dominio de las grandes y gigantescas empresas y asociaciones; en la vida social, el afluir y hacinarse de muchedumbres de pueblos en las grandes ciudades y en los centros industriales y comerciales, con gravoso exceso, con aquella inestabilidad que sigue y acompaña a una multitud de hombres, que cambia de casa y residencia, de país y de oficio, de pasiones y amistades". Y prosigue el Papa detallando el último paso: del carácter puramente mecánico de las relaciones sociales se sigue el imperio de la fuerza y el advenimiento del totalitarismo... ¿Y todavía se atreven los masones a decir que sus principios no destruyen nada?!...

¡SIN EMBARGO, AUN ASI REDOBLAN SU LAICISMO!

En ese caos, pues, nos quieren sumir cada vez más cuando con redoblado ardor intensifican su campaña laicizante. Porque las causas de tan desastrosos efectos se encuentran en las conclusiones de la Convención de la Masonería chilena (1950), donde se dieron normas diabólicas que desgraciadamente las hemos visto cumplidas en nuestra tierra estos últimos años: "Se aprovecharán de la imprenta —se les ordena—, de la radio, de las

revistas, periódicos e impresos ocasionales para crear un clima favorable a la realización de algunas profundas aspiraciones laicas y de interés nacional, como la ley del divorcio con disolución del vínculo matrimonial, la equiparación absoluta de los hijos, legítimos o no, frente a la ley, los impuestos sobre la Iglesia, la supresión de la enseñanza religiosa en las escuelas de primaria, la abolición de cualquier disposición oficial enderezada a impedir o restringir la enseñanza laica". Estas líneas, a la vez que nos previenen para el futuro, nos explican muchas actuaciones incomprensibles de ciertos gobiernos de Hispanoamérica, de las que hemos tratado ya en esta misma revista.

Por su parte los masones franceses, en su convención de 1952, apuntan a la enseñanza, como a objetivo principal y medio mejor de venganza por las derrotas que la Iglesia francesa les ha venido infligiendo últimamente: "En la espera de la gran revancha que debemos preparar vigorosamente y obtener, tenemos que mantener el principio de la nacionalización de la enseñanza, con la consiguiente supresión de las escuelas privadas, confesionales o no, debiendo encargarse la nación de toda la enseñanza enteramente laicizada en una gestión tripartita (administración, delegados del personal docente, delegados de los suplentes)" (D. C., n. 1149, col. 712).

Y luego, en un extenso informe, concretan un plan de vastas proyecciones: educación postescolar y normal, colonias de vacaciones, control de los manuales escolares, de los servicios de higiene escolar, del movimiento de los exploradores, y, por fin, contacto con las familias (1), a imitación, sin duda de los católicos, que por ese medio han logrado defender sus derechos. Pero actividad tan intensa no nos extraña, desde que sabemos que ese es el medio de acabar con la religión y con la Iglesia. No es amor al niño, es odio a Dios.

(1) La propaganda dirigida a los padres de familia se basa en argumentos de este tipo: "Cada municipio —se decía en una hoja suelta sacada con ocasión de las elecciones municipales de este año— tiene su escuela pública municipal: gratuita, es decir social y abierta a todos. Laica: es decir tolerante y respetuosa de las opiniones y de las creencias de todas las familias. En esas condiciones la municipalidad que, además del esfuerzo que ella debe desplegar, ayudara a una escuela privada, se parecería al comerciante que remitiera dinero a su competidor para permitirle aumentar la competencia que le hace" (L'Action laïque, abril 1953, p. 10).

Advirtamos, para empezar, que la paridad establecida por el articulista es nula. No hay ni debe haber tal competidor ni tal competencia. No hay ninguna razón para que la escuela del Municipio —es decir, la de los contribuyentes— sea la escuela laica, cuando entre los contribuyentes los hay, y en mayoría, que son católicos y no pueden querer para sus hijos una escuela de ese tipo. Las familias católicas tienen verdadero derecho a que se les dé instrucción religiosa en la escuela pública a sus hijos. El ideal, pues, sería, que el Estado se limitara a subvencionar las escuelas que las familias abrieran a su gusto, o las que ellas libremente escogieran, de las ya existentes. Quizá entonces se advertiría que la escuela laica sale sobrando, y ciertamente, que ella sola no basta para satisfacer a nuestros pueblos católicos. Por eso, de empeñarse el Estado en erigir por sí y ante sí escuelas laicas con los fondos públicos, tendría por lo menos la obligación de abrirlas también de tipo religioso para los padres católicos que sostienen al fisco con sus contribuciones. Se nos dirá que así resultaría más caro. De acuerdo, pero la culpa sería del Gobierno, que se obstinaría en mantener, contra la voluntad de los contribuyentes, una entidad inútil que ellos rechazan.

Tampoco arguye patriotismo ni amor al obrero el fervor con que se han dado a las reformas sociales. No puede llevar el amor al proletariado en el seno de su esencia una asociación que con su actuación positiva es la que lo ha sumido en la más triste sujeción. (Pensamos en el liberalismo masónico...). Además, no admitiendo la existencia de Dios, no se puede interesar por la beneficencia más que en favor de los masones o por fines de propaganda. Ahora bien, como a la cuestión social no la puede llevar el primer motivo, se barrunta, ya a priori, que la tienen que mover razones de demagogia. Y efectivamente, eso es lo que ellos mismos confiesan ingenuamente en su Convención parisina de 1951, fundados en que si hay miseria, habrá ignorancia, y si hay ignorancia, la cultura y la incredulidad no podrán triunfar de los entendimientos y la religión hará fácil presa de los corazones.

"Es absurdo —nos dicen— pedir a importantes capas de la sociedad que se sustraigan al influjo de las religiones cuando esos mismos estratos se hallan encadenados por la dificultad material, que no les permite, en modo alguno, elevarse a un nivel conveniente para hacer uso de la facultad racional, la cual por otra parte se halla insuficientemente despierta debido al defecto de nuestro actual sistema educativo".

Y naturalmente, una razón de tal índole exige que toda la iniciativa social esté en manos del Estado masónico, no dejando —como lo aconsejan en la misma convención— que grupos particulares, "con fines egoístas", saquen ventaja de las labores sociales. ¡Qué ánimo más mezquino: el bien del obrero no cuenta para nada; sólo consideran las ventajas del reformador social!... "Si no se demuestra —añaden, y esta razón las resume todas— que no se trata solamente de un hermoso sueño, el ideal laico, salido de cerebros generosos, no logrará mantenerse". ¡En suma: siempre el egoísmo masónico..., siempre la propaganda!

Y POR ODIO A LA IGLESIA SE HACEN AUN COMUNISTAS....

Por lo mismo, si para mejor atacar a la Iglesia es menester adoptar posturas extremas en el campo social —con verdadero detrimento del proletariado— no hay que vacilar... Lo dice abiertamente una conclusión formulada en la Convención del Gran Oriente Francés en 1951: "aceptar, en la lucha implacable contra el clericalismo romano, toda alianza compatible con el ideal masónico". Y lo demuestran los hechos, porque el mismo Gran Oriente —que por su espíritu aburguesado había provocado, en 1922, la repulsa del Partido Comunista a los masones que llamaban a sus puertas—, en 1946, gracias a una marcada evolución izquierdista, merecía que le fuera levantada dicha excomunión. Y a tanto debió de llegar su odio a Roma, que no dudó en plegarse a las condiciones, tan contrarias a su sagrado principio de "apoliticidad"... que el P. C. le impuso: "Todo candidato deberá aprobar la doctrina del Partido, querer conformarse con sus reglas de acción, con sus estatutos; aplicar su política con disciplina en todas las circunstancias". Y la Masonería francesa se hizo comunista...

Por eso no resulta paradójico que frente a los problemas de la Paz, el Gran Oriente de Francia haya adoptado una actitud más bien prosoviética... A eso, por lo menos, se reduce el pensamiento del H. . . Mitterrand en su relación sobre la materia durante la Convención de 1952. Juz-

ga que su Orden debe oponerse enérgicamente a la unión de Europa, porque ésta, a más de ser obra de católicos antimasonicos— el Conde Coudenhove-Lakerghi, los Ministros Adenauer, Shuman y De Gasperi, y el actual Monseñor Kass, de la Secretaría de Estado del Vaticano, antiguo Profesor de los citados Ministros cuando éstos eran aún universitarios— estaría, según él, destinada a servir de trampolín para la reintegración del Sacro Romano Imperio... Esas, empero, son razones especiosas, que no engañan a nadie por demasiado fantásticas. La verdadera, la que le mueve, la expone ingenuamente al final de su disertación: "Cuando se conocen —dice— las relaciones económicas y espirituales mantenidas desde el tratado de Letrán entre el Vaticano y el capitalismo americano, se comprende mejor por qué la dependencia de Europa respecto al Occidente bajo el signo de Roma no hace más que aumentar la potencia de un bloque frente al otro y multiplica así los riesgos de conflicto entre ambos". Y ésta sí es interesante, e implica una descarada inclinación de la Masonería francesa hacia el Comunismo. Porque en fin, el Sr. Mitterand no puede menos de ver que si una Europa unida representaría un peligro para Rusia, una Europa desunida constituye una ventaja neta para el Kremlin. Una Europa así, no podrá asegurar sola su defensa, sobre todo en los países como Francia en los que el Comunismo paralizaría sus movimientos.

¿A QUIEN CREEREMOS: A LA IGLESIA O A LA MASONERIA?

Ante esa obstinación satánica y ese maquiavelismo de la Masonería, caben unas cuantas consideraciones. Nos hallamos ante un caso de trascendental elección. La Iglesia y la Masonería se disputan nuestra preferencia. ¿A quién daremos nuestro voto? ¿A la segunda, que se presenta sin credenciales divinas, sólo con criterios humanos —que en virtud de la libertad de pensamiento no nos puede imponer...—, o a la primera, que autentica su misión con el sello de Dios, sello que la razón humana no ha logrado nunca recusar y que nos obliga a acatar en conciencia lo que en nombre de Dios nos quiera imponer el portador?

Y en nuestros países, empeñados en la lucha contra el comunismo, es inconcebible que haya quien pueda fiarse de una sociedad internacional, cuya historia se ha caracterizado siempre por una conducta "esencialmente" sinuosa e interesada, hasta el extremo de llegar a plegarse a las exigencias del Comunismo para que éste le aceptara la alianza que tanto apetecía en su afán de vengarse de la Iglesia. Habría que desconfiar de ella aunque no mostrara "compatibilidad" con el Comunismo, sólo porque con sus principios está abriendo las puertas de par en par al totalitarismo soviético.

Por una sociedad así es locura desoír a la Iglesia, que, siempre, en todas partes y precisamente en virtud de sus mismos principios, ha sido, es y será el enemigo número uno del marxismo.

Y la Iglesia, hoy más que nunca, no cesa de recordarnos que no se puede dar el nombre a la Masonería, so pena de excomunión (canon 2335).

